Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *Guilty by Definition*

© 2024, Susie Dent. Publicado en inglés en el Reino Unido por Zaffre,
un sello de Bonnier Books UK Limited.
© 2025, de la traducción por Marcelo E. Mazzanti
© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10359-60-4
Código IBIC: FA
DL: B 5.198-2025

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Javier Sánchez Meco

Impreso en mayo de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Susie Dent

Culpable por definición

Traducción de Marcelo E. Mazzanti

Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

Para Malcolm Michael Dent
1931–2023

1

nemesism. *Nombre (siglo XX):*
frustración con uno mismo

El día en que llegó la primera carta hacía más calor de lo normal para la época del año. Era un jueves a finales de abril, cuando Oxford está en su momento más encantador, con la luz bañando las paredes amarillentas de arenisca de los edificios de la universidad, sus agujas serviciales y ensoñadoras contra el cielo azul pálido. Resultaba muy fácil amar la ciudad al sol, a menos, claro, que uno perteneciese al grupo de los estudiantes que pronto habrían de enfrentarse a sus exámenes finales y correr hasta las escuelas dedicadas al efecto para llevarlos a cabo, con las batas negras obligatorias conocidas como *sub fusc* –largas y ondulantes para los académicos, más cortas y ligeras para el vulgo–, cotorreando como urracas nerviosas.

Cuando, hacía seis meses, designaron a Martha Thornhill editora y coordinadora del *Clarendon English Dictionary*, enseguida descubrió que una de las ventajas del puesto era tener un escritorio con vistas a la calle; una ventaja, creía, más para ella misma que para sus empleadores: muy a menudo, cuando apartaba la vista del monitor para meditar sobre una palabra o acabar de ajustar una definición, se distraía con alguien que pasaba por la acera. Una chica de pelo largo y rubio apresurándose cabizbaja. Un joven, con las manos en los bolsillos, satisfecho consigo mismo y su futuro. Una pareja mayor del brazo que paseaba ante la imponente fachada de las oficinas del diccionario, miraba arriba y reparaba en ella,

que apartaba la vista y se sentía culpable de que la hubieran pillado distraída una vez más.

Aquello era muy diferente a Berlín, donde había pasado los últimos diez años aprendiendo el oficio de editora; allí la historia ejercía un mayor peso, con turbulencias y reinvenciones tan recientes que parecían flotar en el aire y dar a la ciudad una energía inagotable. En Oxford la historia se había asentado en las propias piedras, era un perfume sutil que emanaba de los nombres de las calles y las agujas de las facultades; daba confort, propiciaba la contemplación.

Se tocó el collar, pasando suavemente los dos corazones de plata por la cadena, arriba y abajo; era su rosario privado. Otro grupo de turistas, entusiastas y con abrigos de colores brillantes, se reunía bajo su ventana intentando atisbar la ornada fuente del patio de hierba más allá de la verja. Martha misma podría recitarles la visita guiada en lugar del encargado.

«El *Clarendon English Dictionary*, conocido en todo el mundo como *CED*, es una de las mayores iniciativas intelectuales en curso de nuestros tiempos. El proyecto fue iniciado en el siglo XIX, auspiciado por la universidad, y sigue en marcha a medida que entran en uso nuevas palabras y las ya existentes experimentan cambios».

Tradicionalmente, esas primeras frases iban seguidas por una pausa cuando uno de los turistas hacía alguna pregunta. Martha casi nunca llegaba a oírlas, pero, por las respuestas del guía, con frecuencia podía deducir que se trataba de una variación sobre los correctores automáticos, Google o por qué alguien iba a escribir un diccionario hoy en día. «Por dinero no, eso seguro», pensaba ella mientras escuchaba a medias la respuesta del guía, que acostumbraba a incluir una explicación superficial sobre cómo la civilización y el lenguaje son inseparables y que para comprender la historia y el desarrollo de una es necesario contemplar la evolución del otro.

Eso la hacía desear coger al público por las solapas y decirles que se trataba de mucho más que eso. Que el lenguaje nos

define y forma el armazón de nuestro pensamiento en una danza sin fin, cambiante, compleja, a través del tiempo y la naturaleza humana; que trata sobre los caminos de la vida y la necesidad de comunicarlos; que trata sobre la muerte, la renovación y todo lo que hay entre ellas, sobre el caos y el orden que construimos sobre él, sobre la sangre y los huesos de cada historia, y que, por encima de todo, trata de la lenta e insistente atracción hacia la vida secreta de lo mundano.

–¿Es la hora de los chalados?

Martha parpadeó y pasó la vista de la ventana al colega que había aparecido ante su escritorio con dos tazas de café, ofreciéndole una tímidamente, como si en cualquier momento fuese a retirarla. Su vestuario, en cambio, no lo era en absoluto: celebraba el buen tiempo llevando una camisa hawaiana de un agresivo color púrpura moteada erráticamente con hibiscos blancos que no hacían más que llamar la atención hacia la incipiente barriga cervecera de su propietario. Ella miró su reloj –las dos y uno– antes de aceptar el café con una sonrisa.

–Gracias, Simon. Sí, pongámonos a ello. Safi, ¿tienes el paquete?

Safiya Idowu (Safi para todo el que fuese alguien) era la editora más joven del equipo de Martha. De una inteligencia extrema, chispeaba de entusiasmo por su trabajo. Los animaba a todos.

–¡Sí!

Cogió una carpeta de su bandeja, que contenía todas las consultas al diccionario que habían llegado por correo postal, y empezó a pasarlas. Alex Monroe, la cuarta editora del equipo, hizo girar su silla con rueditas hacia ellos.

–Las que han llegado por email están en la partición compartida. El crucigrama del martes del *Times* ha causado estragos entre los sospechosos habituales. La respuesta al dos horizontal era «lasaña». He preparado un borrador de respuesta.

–Vaya, otra para la olla –dijo Simon, con expresión autocomplacida, aunque solo un etimólogo podría encontrar divertido

el comentario, dado que la palabra *lasaña* viene del nombre en latín del recipiente en el que se cocinaba.

Martha cogió su parte de las cartas, una media docena, y la hojeó. De entrada, reconoció a algunos de los autores por su letra. Una habitual llamada Barbara Wilson insistía en que su abuela ofrecía *ploughman's lunch* ('almuerzo del labrador', un plato consistente en pan, queso, mantequilla y encurtidos) a amigos y familia mucho antes de 1950, que era la fecha en la que el diccionario databa la expresión. Como siempre, Martha respondería con la macro que usaban para dar las gracias y solicitar pruebas impresas con fecha comprobable. La señora Wilson siempre daba el silencio por respuesta.

–Bien, Safi, ¿qué trufas me has encontrado hoy? –dijo Alex mientras ponía su pila de hojas bien recta–. ¿Alguna fobia jugosa?

Cada uno del grupo tenía sus preferencias. A Alex le gustaban el miedo, el folklore y lo sobrenatural. «De joven podía haber sido una gótica», pensó Martha, observándola desde la otra punta de la sala; ahora estaba en la cincuentena y era de esas personas que resultan elegantes sin que parezca costarles ningún esfuerzo, con una querencia por los colores oscuros muy de acuerdo con su amor intelectual por las sombras.

A Safi le apasionaban los modismos regionales y los sacaba a colación siempre que podía; era toda una divulgadora. Aquel día había comenzado con su alegre anuncio de que el político que salía en la portada del *Times* estaba claramente *crambazzled*; explicó –a Martha le pareció que mirando demasiado directamente a Simon– que era un antiguo término de Yorkshire para describir a alguien prematuramente envejecido por el alcohol, aunque a continuación admitió que ella misma conocía demasiado bien su consecuencia, la resaca o *crapulence*.

A Simon le gustaba lo sensorial: gustos, olores, colores. Años atrás había publicado un libro sobre el lenguaje del sabor. Martha se recordó a sí misma que tenía que leerlo. Sabía que

había intentado conseguir su puesto antes de que se decidieran por ella y que debió de mortificarlo que eligieran en su lugar a una mujer de treinta y pocos años. Aunque desde el principio se mostró agradable y amistoso, muy pocas veces veía calidez en sus ojos cuando hablaban. Hablarle de su obra sería un buen movimiento político, sobre todo teniendo en cuenta que había sido ignorada casi por completo por la crítica y el público. Ahora estaba en una de las estanterías del despacho que compartían todos, entre diccionarios y glosarios encuadernados en cuero.

–¡Ah, aquí hay una buena! –dijo Alex, desplegando una de sus misivas–. ¿Existe una palabra para el miedo a que la mantequilla de cacahuete se quede pegada al paladar?

–¿La hay? –preguntó Martha, dando por supuesto que ella quería iluminarlos.

–Pues sí: *araquibutirofobia*. Si recuerdo bien, la inventó alguien en los años ochenta. Quizá fue hasta uno de los nuestros. En realidad, no es más que una mescolanza de palabras griegas. –Se volvió hacia su ordenador y frunció los labios–. Aparece en varias páginas médicas de internet, aunque no en el diccionario. Obviamente.

Siguieron trabajando un rato en silencio. Safi le había pasado a Martha una consulta sobre la primera aparición del término *fuckwit* (una forma particularmente insultante de dirigirse a alguien de pocas luces) en una carta escrita con una caligrafía atroz, pero en un papel de correspondencia incongruentemente elegante. Su autor había encontrado un registro de los años cuarenta del siglo XX, unas dos décadas anterior a la fecha que el *CED* señalaba como su primer uso datado hasta el momento. Hallazgos como aquel resultaban emocionantes e irritantes por igual. Martha dejó la carta a un lado para proceder a verificar la información y compartirla. Aunque ella elegía con prudencia en qué momentos soltar improperios, le fascinaba seguir el rastro de las palabras tabú. Formaban parte de los cambiantes grados de pacatería a lo

largo de los siglos, un léxico rebelde, casi por completo oral y escasamente impreso hasta el siglo XX. Eso la obligaba a embeberse de transcripciones de juicios, notas manuscritas al margen y cartas o diarios creados sin intención de compartirlos con el mundo; la hacía sentirse como una arqueóloga cubierta de barro lingüístico, no como la conservadora de un lenguaje pulido y muy propio.

–Vaya, ¿otra vez me toca a mí la mamarrachada shakespeariana? –Simon soltó un bufido teatral.

–La semana pasada me encargué yo –replicó Alex–. ¿Te ha tocado un negacionista?

–¡Lo tuyo fue un correo de una línea! Esta persona ha enviado cinco mil palabras. Y esta vez no es para disputar la autoría de su obra completa. –Le dio la vuelta a la hoja para leer la firma–. Por lo visto, la señora Burnside ha deducido qué partes de *Timón de Atenas* escribió Shakespeare y cuáles Thomas Middleton. Un hallazgo importantísimo, de ser cierto.

Tamborileó con los dedos en la mesa mientras lo consideraba.

–Tenemos un listado de recursos sobre Shakespeare para estos casos, ¿verdad? –preguntó Martha.

Simon asintió.

–Para ser justo con ella, parece familiarizada con los estudios existentes. –Ojeó el texto–. Aunque los ha rechazado todos de plano y ha creado un criterio propio que detalla a continuación. –Empezó a teclear la respuesta–. Voy a felicitarla por su dedicación, disculparme porque no disponemos de recursos suficientes para valorar su propuesta y sugerirle que escriba directamente a nuestro experto en el tema, el editor y consultor externo Jonathan Overton.

Martha sonrió. A Jonathan no iba a gustarle, aunque se imaginó que su respuesta a la señora Burnside sería decididamente diplomática. Durante su última visita les había soltado un discurso sobre cómo hasta el crítico más agresivo podía convertirse en un aliado entusiasta mediante el trato adecuado.

–Compórtate –le dijo Alex a Simon secamente, y añadió–:

¿Vamos todos esta noche a la presentación de Jonathan? Es en el Ashmolean, ¿verdad?

–A cambio de champán y canapés gratis, estoy dispuesto a soportar un par de discursos en su honor –respondió Simon, que concluyó su correo con el gesto florido de un pianista de concierto.

–¿Tenemos que ir? –preguntó Safi–. Soy un desastre para esas cosas. Y no entiendo esos canapés tan complicados. ¿Qué se supone que hay que hacer con el palillo de plástico? Después me paso semanas encontrándomelos en los bolsillos.

–Nosotros te cuidaremos, Safi. –Alex abrió su siguiente carta–. Te vendrá muy bien. Todo lo mejorcito de Londres acude a las presentaciones de Jonathan. Puede que hasta conozcamos a algún productor de radio para hacer una serie sobre dialectos. ¿Tú vienes, Martha? ¿Tienes zapatos adecuados?

Martha se miró los pies. Llevaba Doc Martens todo el año, con vestidos estampados largos y sueltos. Mejor adelantarse a la moda que ir persiguiéndola.

–Nunca uso tacones.

–Esperaba que una lexicógrafa experimentada supiera hacer compromisos. –Alex sacó una pierna del escritorio y meneó el tobillo, sin apartar la vista del monitor–. Tacones bajos en negro o beis. Los venden en el Covered Market. Puedes ir antes de la presentación.

Martha sonrió y miró su siguiente carta. Estaba redactada en una antigua máquina de escribir mecánica no muy bien conservada. En algunos puntos las líneas casi chocaban unas con otras, mientras que las separaciones entre párrafos eran incongruentemente amplias. Las letras «e» habían quedado reducidas a meras sombras.

Se inclinó a contemplarla más de cerca.

–¿Esta qué es, Safi?

La joven alzó la vista de su propia carta. El lápiz que usaba para tomar notas tenía un pequeño pompón rosa colgando.

–Perdona, jefa. Llegó esta mañana. Parecía un poco rara, así que te la dejé a ti. No es de ninguno de los habituales.

Aquella era otra de las ventajas de mandar: Martha le había pedido a Safi que le pasara las cartas raras, airadas, perturbadas o amenazadoras. No les llegaban muchas –los aficionados a trolear el diccionario y a quienes lo escribían tendían a limitar sus ataques de ira a las redes sociales– y era lo menos que podía hacer a cambio del escritorio junto a la ventana y unos pocos miles de libras más al año.

–No hay problema.

Volvió a leerla con mayor detenimiento y sintió una inquietud creciente. El contenido no era amenazador ni insultante, pero algo en ella le despertaba una profunda inquietud.

La preocupación debió de notársele en el rostro, porque cuando alzó la vista de nuevo vio que los demás la miraban confusos o expectantes.

–¿Qué pasa, Martha? –preguntó Alex.

Ella carraspeó y la leyó en voz alta:

Apreciados editores:

Tienen que ver que esto no es una confesión, aunque contiene una. Temía a la verdad, he guardado secretos. Dudo mucho que sea un caso único, por lo que recurro a ustedes.

Que el tiempo calma la belicosidad de los reyes, desenmascara falsedades y saca la verdad a la luz es sabido; esa es su gloria.

Unir cabos es la forma de crear verdades mayores en toda deducción. E intentar impedirlo sería una villanía. Son ustedes los secretarios de la lengua inglesa y he decidido hacerlos míos. Cuando menos, algunos de ustedes deberían hacer causa común conmigo hasta que el agua envenenada de la fuente vuelva a ser límpida. Ustedes también son detectives, ¿no?

Dos verdades más: No son ustedes simples correveidiles, sino que con su labor corrigen antiguos errores. Sienten la pulsión, el apetito de hacer justicia.

Metros que forman decámetros, kilómetros, un rastro en apariencia sin fin de mentiras anudadas entre sí. Pero hasta la mayor sarta de mentiras puede ser deshilada, desmentida, desmenuzada hilo a hilo, pieza a pieza, una a una. El primer deber que tienen es para con las pruebas y no hay legado más rico que el de la honestidad. A fin de cuentas, «evidencia» es un término utilizado tanto por escritores de diccionarios como por detectives.

¿Y no son acaso dos profesiones muy similares? En ambas buscamos pistas, seguimos el hilo que conduce hasta el principio, el primer impulso que lo puso todo en marcha. Estudiamos la historia incluso antes de su comienzo. Y a medida que encontramos pruebas la imagen va completándose, una vida queda expuesta.

Una vez leí que, en el pasado, las damiselas se delataban sonrojándose. Dudo que ese siga siendo el caso. Si las circunstancias me fuerzan a ello, encontraré la verdad, por profundamente oculta que esté en el corazón.

Cruz, cara, son los dos lados de una misma moneda, al igual que la mentira y la verdad. Somos todos hombres libres y honorables y les solicito que se unan a mí para descubrir el lado oculto de la historia. La verdad acaba brillando. Un asesinato no puede permanecer largo tiempo oculto.

Los espero,

Coro

Simon fue el primero en romper el silencio que se produjo a continuación:

–¿«Un asesinato»? ¡Carajo! La señora B. tiene competencia seria para el título de mamarrachada shakespeariana de la semana. –Martha se quedó mirando el papel, que ahora le parecía caliente al tacto y peligroso. Simon siguió–: Porque no me he vuelto loco, ¿verdad? Ahí hay un montón de citas de Shakespeare.

–No creo que Shakespeare dijese mucho sobre pruebas y detectives… –replicó Alex, frunciendo la nariz–. Aunque

reconozco el «encontraré la verdad oculta» y, bien pensado, sí es Polonio haciendo de detective en *Hamlet*.

–«No hay legado más rico que el de la honestidad» es de *Bien está lo que bien acaba*, creo –añadió Simon, mesándose la barba sin darse cuenta.

–No lo entiendo. –La voz de Safi sonaba aguda, algo nerviosa–. ¿Se supone que es una broma?

–El tono no es de broma. –Alex se levantó–. ¿Me dejas verla?

Por un instante, Martha sintió una especie de instinto protector, como si la carta fuese suya y solo suya. Pero, claro, eso sería ridículo. Tras una pausa muy breve, se la entregó. Mientras Alex la examinaba, un autobús turístico sin techo pasó por fuera; el guía estaba haciendo que los pasajeros vitorearan a saber por qué razón. El ruido fue un molesto contraste con el silencio del despacho.

–Sugiere que alguien miente sobre algo, pero no es nada concreta. Estoy bastante segura de que en *Mucho ruido…* Claudio dice que los sonrojos de Hero los provoca su culpabilidad, no su inocencia. ¿Será la «damisela»?

Safi y Simon también acudieron desde sus mesas, formando un grupito en el centro del estampado de cuadros de la alfombra azul. Martha sintió como si la sala entera contuviese el aliento: los libros antiguos, los tallos lánguidos de las plantas de interior, las tazas de café; todos esperaban. Ahora el único ruido era el insistente murmullo de los ordenadores.

Por fin, Simon dio un golpecito con el dedo en la hoja.

–Esto también puede ser para Jonathan. Ahora no lo digo en broma. Mirad: «villanía», «correveidile». Se creía que esas palabras las había inventado Shakespeare en inglés hasta hace ¿qué, unos cinco años?, cuando el grupo de lectura encontró usos previos.

–«La verdad acaba brillando» también es definitivamente de Shakespeare –dijo Alex.

–Pero ¿a qué verdad se refiere? –dudó Safi–. Parece que

insinúe algo sobre un crimen, pero ¿un asesinato? Una vez hubo un asesino que trabajaba en el diccionario, ¿verdad?

–Más de uno. Pero eso no es ningún secreto. Hace poco hicieron una película sobre uno de ellos. –Alex siguió sin alzar la vista del papel.

–¿Ha habido algún otro escándalo más reciente? –preguntó Martha.

–No, que yo sepa –dijo Alex, y miró de reojo a Simon, que se encogió de hombros sin prestarle atención–. Al menos, no aquí.

–La fuente… ¿puede referirse a la de nuestra placita interior? –Safi frunció el ceño–. Me refiero a que «cuando menos, algunos de ustedes deberían hacer causa común conmigo» implica que otros no querríamos hacerlo. ¿Quizá porque mentimos?

Simon trazó un arco hacia abajo con los labios.

–Paren las máquinas. ¿Alguien ha estado deshaciéndose de las pruebas que la señora Wilson lleva años aportándonos sobre la brillantez de su madre en cuanto a neologismos?

–No vayas por ahí. –Martha se levantó de su escritorio–. Hoy he recibido una carta suya. ¿Puedes escanear la que nos ocupa ahora, Safi? –Se la cogió a Alex y se la pasó; después se apoyó en la mesa con los brazos cruzados–. No tiene remite, claro. ¿Qué se supone que tenemos que hacer? No tengo ni idea. Esta noche la llevaré a la presentación; quizá a Jonathan se le ocurra algo.

«Secretarios de la lengua inglesa… he decidido hacerlos míos…», murmuró mientras volvía a sentarse. Era una metáfora elegante: lexicógrafos que cuidan de un idioma, son sus servidores, sus ayudantes, lo organizan para tenerlo en orden. También sabía que algunas palabras muestran a las claras sus orígenes e intenciones: los primeros secretarios eran gente dedicada a guardar secretos.

Safi llevó la carta al escáner. Era la única capaz de conseguir que funcionara y no siempre.

–Pero parece que este tal «Coro» quiere que hagamos de

detectives y saquemos secretos a la luz, más que mantenerlos enterrados.

–El coro es una parte clave del teatro antiguo griego, ¿no? –preguntó Simon retóricamente–. Expresa lo que no pueden decir los protagonistas.

–Y llevan máscara –replicó Alex–. Shakespeare usa un coro en *Enrique V*.

Safi pulsó un botón en el escáner. Se oyó el zumbido tranquilizador de la máquina al entrar en acción.

–Quizá la carta sea para Jonathan. Una especie de broma con ocasión de su nuevo libro.

–¡El último lugar al que le llegaría sería el despacho! Además, va dirigida a los editores, es decir, a todos nosotros. –Simon suspiró–. En fin, a ver qué le parece cuando la vea esta noche. Iré al pub antes de la presentación. ¿Alguien quiere acompañarme?

–Por lo visto, yo tengo que ir a comprarme unos zapatos –respondió Martha, dirigiéndole una mirada burlona a Alex–. Nos veremos en el Ashmolean.

Siguieron trabajando en silencio hasta que las campanas de la torre del reloj marcaron el fin de la jornada laboral.

2

perceivance. *Nombre (siglo XVII)*:
capacidad o acción de percibir

–¡Buena elección! –exclamó Alex mirando los zapatos negros de tacón bajo con los que Martha entró en el vestíbulo del museo–. Elegantes a la par que llevaderos.

–Tendría que haber pasado por casa a cambiarme –replicó Martha, abstraída.

Se había detenido frente a un enorme espejo con marco dorado que permitía a los invitados hacer una comprobación final antes de entrar en la melé del atrio, donde se había reunido todo lo mejor de Oxford para agasajar a Jonathan Overton.

Alex se colocó al lado de Martha, quien tuvo que admitir a su pesar que estaba espléndida: los cabellos negros con mechones grises, elegantemente cortos, tenían un cierto brillo como de peluquería y había sustituido los tonos tierra que prefería para la oficina por un top blanco y negro cruzado por unas sutiles cadenitas. Alex tenía lo que los italianos llaman *sprezzatura*, esa especie de estudiada indiferencia que sugiere que a alguien no le ha costado ningún esfuerzo adquirir un cierto look, aunque en realidad haya sido todo lo contrario.

Martha se había atado su pelo cobrizo en una cola de caballo alta y se había delineado los ojos. Ahora, a la vista de los satines y las sedas que entreveía en la multitud congregada por Jonathan, se preguntó si era suficiente.

–No digas tonterías, Martha. Pareces salida de uno de esos

cuadros prerrafaelitas de arriba. Aunque quizá, con ese mismo espíritu, podrías haberte soltado el pelo.

No era la primera vez que la comparaban con uno de esos retratos victorianos de mujeres pálidas y pensativas. Se quitó la goma y se pasó la mano por encima para liberar sus pequeños rizos. Ahora su rostro ya no parecía tan chupado, aunque ¿no tenían todos los prerrafaelitas unas pintas enfermizas? Estaba intentando recuperar el peso perdido durante los últimos meses en Berlín, con un éxito solo parcial.

Alex se acercó al espejo para comprobar que no tenía pintalabios en los dientes, tras lo cual cogió a Martha del brazo y bajaron juntas por las dramáticas escaleras modernas que llevaban al atrio.

Aquel era el mayor de los espacios disponibles para eventos del Ashmolean, pero estaba lleno de gente entre sus paredes blancas y el cristal y alrededor de la base de la enorme reproducción en yeso del Apolo de Olimpia. Unas claraboyas a ambos lados permitían a la luz del exterior filtrarse verticalmente hasta la planta baja, donde el eco multiplicaba el ruido de cien voces. El museo se estaba reinventando, pensó Martha mientras bajaba los escalones. Al igual que el diccionario, era un palimpsesto, reescrito una y otra vez según los descubrimientos y gustos de cada nueva generación de expertos; cuando lo trasladaron a su nuevo hogar en Beaumont Street, destinaron el espacio original a las oficinas del *Clarendon English Dictionary*, ligando con un hilo invisible ambas instituciones.

Encontraron a Simon y Safi al pie de las escaleras, al lado de una máscara de tragedia griega que parecía contemplar con horror a los invitados que deambulaban por la sala. Mientras intercambiaban saludos y Simon y Safi admiraban los zapatos de Martha, una voz fuerte y granulosa interrumpió su cháchara.

–¡Martha, qué mala eres! ¿Cómo puedes llevar seis meses en Oxford y no haber venido aún a verme? –Una mujer con un reluciente vestido de color melocotón y un collar de perlas

gigantes la agarró de los hombros y le plantó un beso entusiasta en cada mejilla–. ¡Mírate, debes de pesar menos que la mayoría de los manuscritos que manejo últimamente!

–Hola, Gemma –la saludó Martha–. Me alegro mucho de verte. Es una fiesta maravillosa.

–Lo sé –replicó la mujer sin rastro de humildad, contemplando a la multitud con clara satisfacción–. Las celebraciones de Jonathan siempre atraen a la gente más encantadora; los habituales de Oxford, pero también una buena cantidad de londinenses, aunque, claro, la mayoría tiene casas cerca. Con todo, es un público de calidad, cosa que no voy a dejar de repetir a los de la editorial; conseguir que le den el presupuesto de marketing que se merece es toda una pesadilla. –Pasó la vista por los acompañantes de Martha–. ¿Son tus colegas? Me alegra mucho que hayáis podido venir esta noche a acompañar a Jonathan.

–Sí. Safiya, Alex y Simon. Ella es Gemma Waldegrave, mi madrina y agente de Jonathan.

Todos se dieron la mano.

–En realidad ya nos habíamos visto un par de veces –dijo Simon, con una sonrisa ligeramente forzada.

–¿Ah, sí? Bueno, pues encantada de veros de nuevo.

–¿Hoy en día los manuscritos no se envían por correo electrónico? –preguntó Safi.

–¿Qué? Ah, sí, claro, pero metafóricamente siguen pesando toneladas. Bueno, ¿y qué tal es Martha como jefa? Me encantó enterarme de que iba a regresar a casa y aceptar el puesto. –Se volvió hacia su ahijada–. Aunque, la verdad, me cuesta pensar en ti como una trabajadora. Parece que solo hiciera cinco minutos que estaba en vuestro jardín mojándoos a ti y a Charlie con la manguera durante aquellas largas tardes de verano.

–¿Charlie es tu hermano? –le preguntó Safi a Martha con una sonrisa.

–Es mi hermana mayor –respondió ella al instante–. Viene de *Charlotte*.

Sintió que se le hacía un nudo en la garganta al pronunciar el nombre, pero, antes de que nadie pudiese decir nada, un murmullo entre la multitud anunció la llegada del hombre del momento.

Martha había acudido a muchas presentaciones de libros durante su tiempo en Berlín. Había trabajado para una pequeña editorial académica y la mayoría de las celebraciones tenían lugar en un pub con unas pocas botellas de cerveza barata. El autor siempre era el primero en llegar y se ponía a arreglar los ejemplares en venta de forma que quedaran bien alineados, aterrorizado por la idea de que no fuese a asistir nadie, y al final siempre acababa con todos saliendo a las calles de adoquín de Kreuzberg aún hablando mientras se dirigían al tranvía que los devolvería a sus casas. Aquella era la primera presentación de un libro a la que asistía en la que iba a servirse champán y también la primera en la que el autor llegaba tarde y como si fuese una estrella de cine.

Jonathan Overton, estudioso, autor, figura mediática y consultor editorial del *Clarendon English Dictionary*, fue recibido con aplausos. Se detuvo arriba de las escaleras para saludar a la multitud. Llevaba del brazo a su esposa, Olivia. Los dos iban elegantes y discretos; sus movimientos eran fluidos y casi coordinados en una especie de acuerdo no verbal. Resultaban una pareja deslumbrante; «qué adecuado –pensó Martha– que hagan su aparición entre estatuas de yeso de antiguos dioses y musas». Jonathan siempre había sido apuesto, agraciado por la naturaleza con mejillas firmes, mandíbula cuadrada y un físico ágil y ligero, además de ser, sin la menor duda, brillante; no era de extrañar que tantas jóvenes de Oxford se hubieran enamorado de él a lo largo de los años. De vez en cuando mencionaba las delicadas complicaciones de haber dejado a una chica u otra en su anterior vida. Ahora contaba también con una pátina acaudalada debida a años de buena comida y ejercicio físico supervisado, además de una buena dosis de fama gracias a su carrera televisiva.

–Tengo que ir a saludarlo –le susurró Gemma al oído a Martha–. Recuerda, lo has prometido: té, muy pronto, invito yo.

Subió hasta los peldaños centrales de la escalera y extendió los brazos para darle la bienvenida al héroe victorioso mientras bajaba. Incluso con el ruidoso ambiente se la pudo oír exclamar lo bella que estaba Olivia con su vestido.

–¿Es tu madrina? –preguntó Simon a Martha con incredulidad–. ¿La agente de Jonathan?

–Sí. Mi madre estudió con Gemma. Ella los presentó.

–Martha Thornhill. Charlie… –Se interrumpió y abrió los ojos como platos–. ¡Por Dios! Tantos meses y no se me había ocurrido la relación. Creo que ya han pasado más de diez años…

Martha agitó la cabeza y concentró su atención en Jonathan. Alguien del equipo de la presentación estaba disponiendo un micrófono en el descansillo de las escaleras, donde Jonathan y Gemma intercambiaban besos al aire, sin llegar a tocarse.

–No tenía por qué habérsete ocurrido.

Si Simon notó la incomodidad que aquello le provocaba a Martha, no lo hizo detenerse. Se le acercó más.

–Siempre había pensado en ti como «Martha, llegada de una carrera brillante en Berlín». No me di cuenta de que era una vuelta a casa. Debes de conocer a la mitad de la gente que hay aquí.

Era obvio que Jonathan se estaba preparando para decir unas palabras, por lo que ella no sintió más necesidad que asentir con la cabeza. Contempló a la multitud; ciertamente reconocía a unos cuantos, incluidos amigos de sus padres a los que no había visto desde hacía muchísimo tiempo.

Durante los diez años que había vivido en Berlín, sus visitas a Oxford habían sido siempre por razones familiares. Había regresado para las Navidades y alguna que otra semana en verano; unos cuantos de los ahora presentes se habían dejado caer para tomar cócteles o hacer pícnics en el jardín. Cuando su madre enfermó, los viajes de Martha se hicieron más lar-

gos, pero también más privados. Alguna de la misma gente había aparecido con comida, libros y palabras de confort; otros no. Quizá temiesen contagiarse, no del cáncer, sino de la perceptible tristeza que se había infiltrado en las paredes de la casa familiar. Gemma la combatió mediante colores, llenando la habitación de su vieja amiga con colchas vibrantes para la cama y pañuelos para la cabeza de vivos rojos y azules. Llevó los mismos tonos como de piedras preciosas de esta noche al funeral de Rebecca, dos años atrás.

El público de hoy era una mezcla de figuras académicas y no académicas (lo que llaman *town and gown*, «la ciudad y la toga»): los directores de un par de facultades con sus esposas, un puñado de profesores jubilados, escritores y periodistas locales y unos cuantos editores de Oxford University Press. Martha no reconoció a ninguno de los famosos y semifamosos; debían de ser todos amigos de Jonathan, de cuando su libro sobre Shakespeare, *Piensa como un genio*, se convirtió en un éxito mastodóntico: era una obra de autoayuda, pero con más nivel, y fue número uno en las listas de ventas a ambos lados del Atlántico. En su momento Martha no le dedicó mucha atención, pero sabía que él había materializado su triunfo en diferentes trabajos como presentador de televisión y radio para los que resultó estar muy bien dotado, ya fuese apareciendo pensativo mientras caminaba por el Globe Theatre vacío o por el jardín del Anne Hathaway's Cottage o entrevistando a genios creativos –la mayoría ricos, algún artista ocasional– en salas impregnadas por el tiempo, todo vigas de madera y suelos pulidos.

–¡Buenas noches! –dijo, abriendo los brazos–. Prometo no pronunciar un discurso largo, pero no puedo dejar pasar la ocasión sin hacer unas pocas menciones. «No puedo deciros sino "Gracias, gracias y siempre gracias"». –Hubo leves sonrisas y asentimientos por algunos miembros del público, deseosos de mostrar que habían reconocido la cita–. Quisiera comenzar por mi agradecimiento más importante y personal: a

mi esposa, sin quien yo no sería nada, y a nuestros maravillosos hijos, Miranda y Edgar…

Martha dejó de prestar atención a aquellas palabras, reduciéndolas a una especie de ruido de estática de fondo, y se concentró en la esposa de Jonathan. Olivia contemplaba a su marido con la cabeza hacia un lado y sonriendo ante cada agradecimiento y comentario ingenioso. Las dos habían coincidido en otros eventos, aunque Martha siempre sospechó que, mientras hablaban, Olivia buscaba con la vista a alguien más importante con quien departir. Solo sabía de ella que era inteligente, la hija dorada de un millonario hecho a sí mismo y al que le habían concedido un título nobiliario y un puesto vitalicio en la Cámara de los Lores. También era excepcionalmente bella, con una larga cabellera rubia que aquella noche llevaba trenzada y recogida alrededor de su rostro de delicados rasgos. Tenía un aura casi sobrenatural entre aquel mar de académicos de vestires cuestionables y andares ligeramente erráticos.

De repente todos irrumpieron en aplausos y Martha se dio cuenta de que el discurso había acabado. Al fijarse en las caras del público vio a unos cuantos *asentidores* como ella, adeptos a decir que sí con la cabeza cuando habla alguien aunque no esté prestando la menor atención. A continuación, un grupo de músicos –probablemente estudiantes– empezó a tocar desde más arriba un *mash-up* renacentista y contemporáneo con canciones de Beyoncé y de P!nk que reconoció vagamente de los bares de Berlín, interpretadas con violines y cuernos. Los músicos llevaban camisas blancas sueltas y deportivas Converse y tocaban con la facilidad de quienes llevan tiempo haciéndolo.

La multitud comenzó a moverse. Martha y Alex quedaron separadas de sus colegas.

–Bueno, al menos el discurso ha sido breve. Bien por Jonathan –dijo Alex–. ¿Quieres cotillear un poco entre la gente?

Martha frunció la nariz.

–Mejor no. La cháchara no me gusta nada.

La temperatura estaba subiendo en la sala; Martha sintió que empezaba a sudarle la nuca.

–Entonces tienes que practicar. –Alex tomó un trago y agitó la cabeza–. No voy a entender nunca esto del champán barato; un cava decente es mucho mejor. –Y, sin pausa alguna, añadió–: ¿Echas de menos Berlín?

–¿Quieres que practique darte una respuesta superficial e inane, de forma adecuada para una fiesta, o que te diga la verdad?

–La verdad, por favor.

–Sí. Mucho.

Alex esperó un momento y se echó a reír.

–Tenías razón: esto se te da muy mal. ¿Por qué echas de menos Berlín?

Había cada vez más gente. Las dos se vieron empujadas la una a la otra por camareros que parecían estar sudando bajo sus chaquetas y cargaban con bandejas de minihamburguesas, torrecillas en miniatura de halloumi relleno con chiles y tempura de gambas. Martha se fijó en que todo ello se mantenía en pie con palillos de bambú y pensó en Safi.

–Es una ciudad especial. Lo bastante grande como para poder perderte en ella si quieres y lo bastante pequeña como para hacer amigos. Está llena de rincones perdidos, antros, parques sin fin, museos de lo más curiosos… Es como si su esencia fuera la invención. O la reinvención. Creo que es justo eso: allí puedes dejar atrás todo lo que eras, nada de tu antigua vida importa ya.

Alex parpadeó.

–La verdad, creo que es lo más extenso que te he oído hablar sobre nada desde tu regreso. Pero, entonces, ¿por qué diablos volviste? A ver, Oxford es maravillosa, pero también está demasiado encantada de haberse conocido. ¿Fue por razones familiares? Ahora tu padre está solo, ¿verdad?

Martha asintió ligeramente. No estaba de acuerdo con ese

juicio sobre su ciudad natal; ella, como Keats, pensaba que era el mejor lugar del mundo. Aunque, a la vez, echaba mucho de menos los conforts anónimos de Berlín.

–Cuidado, se acerca el gran hombre.

Se dio la vuelta. Jonathan se acercaba en línea recta hacia ellas. No creía que llegasen a hablar aquella noche, pero estaba claro que él pensaba lo contrario.

–¡Martha! –la llamó, evitando a otro invitado menor que se le acercaba tarjeta de visita en mano–. Hola, Alex. Gracias a las dos por venir.

Intercambiaron besos de saludo. La tela del traje de Jonathan le resultó extrañamente suave al tacto y llevaba una loción con fuertes notas de cedro y cuero.

–Felicidades por el nuevo libro.

Él hizo un mohín.

–Gracias. En realidad es para coincidir con la nueva serie de televisión. Soy el primero en admitir que no es precisamente profundo.

Martha rebuscó en su mente alguna réplica adecuada y ligera, sin éxito. Alex acudió a su rescate.

–Hoy hemos recibido una carta muy curiosa, Jonathan. Está tan llena de referencias a Shakespeare que nos preguntamos si no sería para ti.

Él sonrió.

–Suena intrigante. ¿La has traído?

Martha sacó el original de su bandolera y se lo entregó. Jonathan sacó del bolsillo unas gafas de cerca, abrió la hoja y la leyó en silencio durante un minuto.

–Un tono muy curioso, ¿no? Todo secretos y sugestiones sibilinas.

–No quiero estropearte la aliteración, pero también habla de asesinatos –replicó Alex–. Aunque quizá solo sea porque el autor no pudo resistirse a incluir la cita.

Jonathan alzó su copa con la mano libre en un brindis mudo con alguien a su espalda.

–Debe de ser un proyecto artístico de un estudiante o algo así. Ya veo por qué pensasteis que debía de ser para mí, con esas insinuaciones de villanía y tal. En mi serie de televisión hablo de la existencia anterior de algunas palabras que se creían invención de Shakespeare. Pero la carta va dirigida al equipo y parece que su foco es el diccionario. Aunque se me escapa cómo puede acusarse a nuestro buque insignia de ocultar secretos.

–¿Se te ocurre quién puede haberla escrito o a qué se refiere? –preguntó Martha.

Jonathan se guardó las gafas y le devolvió la carta.

–Ni la menor idea. He recibido muchas cartas raras a lo largo de los años. Normalmente las envían a la editorial. ¿Podrías mandarme una copia? –Ella asintió–. Por lo demás, ignoradla. Está claro que es alguna especie de broma, así que o bien os escriben de nuevo y son más claros o bien lo dejan y se van a molestar a otros. –Se dio la vuelta, dispuesto a irse, pero entonces giró la cabeza hacia ellas con el ceño fruncido–. Pero la cita sobre la verdad es incorrecta. Es del poema *La violación de Lucrecia*; debería decir «el tiempo a la verdad da brillo», no «la verdad acaba brillando». Estropea la cadencia.

Y con eso se sumergió de nuevo en la multitud. Safi aprovechó la ocasión para ocupar el espacio libre que él había dejado.

–Dijiste que ibas a cuidar de mí.

–Perdona, Safi –contestó Alex–. Creía que estabas con Simon.

Ella miró al infinito.

–Ha conocido a una productora de televisión.

–¿Y qué me dices de los canapés? –sonrió Martha.

A la más joven se le iluminó notablemente el rostro. Abrió un puño y mostró varios de los palillos de bambú.

–Se me ha ocurrido una idea: voy a lavarlos, pintarlos y hacerme una pulsera que me recuerde evitar estas sudorosas

reuniones sociales. No quiero medir mi vida en palillos de cóctel; prefiero las etiquetas de cerveza y los *flyers* de conciertos. ¿Jonathan ha dicho algo sobre la carta?

El gentío pareció cambiar todos a una de nuevo, esta vez acompañando a Jonathan mientras iba hacia la mesa en la que iba a firmar ejemplares. Las tres mujeres fueron hasta el pie de la escalera, donde no les sería necesario gritar para oírse entre ellas. Martha le contó a Safi la cita equivocada que había encontrado Jonathan. Volvió a sacar la hoja y la examinaron juntas.

–¿Por qué cambiar la frase? Puede ser simplemente un error, pero es raro, porque la hace más complicada, retorcida. –Safi se mordisqueó un labio–. Quizá querían que la frase empezara diciendo «la verdad», no «el tiempo».

–Es posible –asintió Alex–. Todo el texto suena muy raro, pero a la vez parece construido con mucho cuidado. Quizá, si las primeras palabras de las frases son importantes, se trate de un acróstico y en este caso necesitaban *la* y no *el*.

–Eso no tiene sentido –dijo Martha, echándose atrás ligeramente cuando un camarero con una botella de champán intentó volver a llenarle la copa–. *Tienen*, *temía*, *dudo*, *que*, *unir*, *e*, *son*….

–Yo sí que tomaré un poco más. –Safi le hizo una señal al hombre y sonrió mientras él vertía el líquido; entonces reparó en que Alex había alzado una ceja de desaprobación–. ¡Aún tengo que devolver el préstamo para la carrera! No voy a desaprovechar la ocasión de beber gratis.

–Tienes razón. –Alex también extendió su copa al camarero–. Y yo voy a hacerte compañía.

Martha examinó la hoja. Concentrarse en esta hizo que el ruido de fondo pareciera disminuir hasta poco más que un murmullo. Ella también estaba familiarizada con *La violación de Lucrecia* y recordó la frase que más le había llamado la atención: «Hasta el torpe iletrado, incapaz de leer lo escrito en esos libros para su aprendizaje, descubrirá su sucia violación

en mis ojos». ¿Acaso no es eso lo que hacen los lexicógrafos, sobrescribir en viejos diccionarios a medida que el tiempo altera los significados?

Entonces notó algo más.

–Esta partición es rara –dijo, más que nada para sí misma–. La que hay entre «detectives» e «¿Y no son…?». El sujeto no cambia. ¿Por qué comenzar un nuevo párrafo?

–Entonces quizá lo que importe sea la primera palabra no de cada frase, sino de cada párrafo –replicó Safi bebiendo, pero sin dejar de mirar el papel.

–¡Funciona! –Martha se estremeció de emoción al ver que haciéndolo así se formaba una frase coherente… o casi: «Tienen. Que. Unir. Dos. Metros. Y. Una. Cruz».

–¡Sí! –asintió Safi–. No puede ser casualidad, tiene que significar algo. Aunque a saber qué.

–Suena como cuando intentan crear una definición ingeniosa en un crucigrama. –De nuevo, Alex se acercó más a Martha, ensombreciendo la carta.

–¡Así juntas parecéis un cuadro! –Simon emergió sonrojado desde el fondo de la sala–. Como el de Klimt, *Las tres edades de la mujer*, o algo así.

–¿Y yo soy la vieja? –protestó Alex–. Vaya, gracias.

Las mejillas de él pasaron de rosadas a escarlata.

–No, yo… Perdona, solo es que os he visto a las tres y… –Agitó su copa–. Creo que he tomado demasiado de esto. Ya no sé ni lo que me digo.

Alex negó con la cabeza, pero con una sonrisa.

–No te preocupes, Simon, sabes muy bien que tendrías que esforzarte más para conseguir ofenderme. Ven, mira esto. A ti te van los crucigramas, ¿verdad? –Él se acercó más, como un corderito–. La primera palabra de cada párrafo parece formar una especie de acróstico: «Tienen que unir dos metros y una cruz». ¿A que parece una de esas definiciones trampa que usan a veces?

Él frunció el ceño.

–Sí… Joder, esto mola. Habla del tiempo, del pasado… ¿Quizá la respuesta sea un día, una fecha? Dos metros y una cruz… ¿Dos emes y una equis? ¿Un año en números romanos?

–¡«MMX»! –Safi le dio un golpecito en el hombro–. ¡Tío, esto es genial! El 2010. ¿Qué pasó ese año? –Martha empezó a sentir un zumbido en los oídos mientras su compañera seguía–. Lo de «Coro»… Suena como si fuese a contarnos una historia. Y eso de que «somos todos hombres libres y honorables» también me llama la atención. Parece un poco forzado; suena raro que hoy en día alguien piense que los editores vayamos a ser todos hombres. Podía haber usado *personas* tranquilamente. En casi todo, «Coro» se incluye a sí mismo entre los hombres libres…

En ese momento Martha lo comprendió todo. Mentiras. Falsedades. La fuente envenenada.

El zumbido se volvió un rugido que resonaba como el tañer de una gran campana. Ni siquiera se oyó a sí misma contestar:

–Charlotte. El nombre viene del término inglés antiguo *ceorl*, 'hombre libre'. La carta habla de Charlie. Perdonad, tengo que irme.

Alex le posó una mano en el brazo.

–Claro, no pasa nada, pero… ¿estás bien?

Martha apenas consiguió asentir. Volvió a doblar la carta e intentó devolverla al sobre. Le temblaban los dedos.

–¡Me cago en la hostia! –exclamó Simon al notarlo.

–¿Qué pasa? –Safi miró al uno y a la otra.

Martha era incapaz de hablar; él se encargó.

–Charlie, la hermana de Martha, desapareció en 2010. Por entonces trabajaba en el CED, en nuestro despacho. Sigue en paradero desconocido.

–Buenas… noches –consiguió decir Martha. Las palabras eran como piedras en su boca; el esfuerzo de pronunciarlas le impedía respirar–. Nos… por la mañana…

Se volvió y atravesó la multitud a toda velocidad, bajó los grandes escalones de la entrada y salió a Beaumont Street, sin alzar la vista del suelo. Tres manzanas después llegó a la esquina de un callejón y se adentró en él. Apoyó la espalda en la pared e intentó respirar.

3

eidolon. *Nombre (siglo XVII)*:
espíritu, fantasma o aparición

Sabía que en Oxford habría fantasmas, pero Martha no temía a jinetes descabezados o monjas que acecharan las ruinas locales: lo que le daba miedo era encontrarse con Charlie, siempre Charlie. Durante el primer año después de la desaparición de su hermana, se le detenía el corazón al verla entre el gentío: el pelo rubio largo, la gabardina lisa sobre un fino vestido de algodón. Oía una risa, profunda y repentina, o atisbaba un movimiento, un andar, un gesto de hombros y estaba segura. Solo por un momento. Entonces la ilusión se rompía y esa persona que no podía ser otra que su hermana se transformaba en una desconocida.

A medida que pasaban los años, el fantasma de Charlie también se iba haciendo mayor. Ahora las mujeres que la hacían detenerse en seco en las calles estaban en la mitad de la treintena. En Berlín, quizá una vez al mes, había tenido la misma sensación fugaz antes de darse cuenta de que la mujer que tomaba un café con un niño en el regazo en una terraza no era su hermana, sino un eco de la imagen que Martha se había hecho del aspecto que Charlie tendría por entonces, trece años después de huir de Oxford y de su familia.

Apretó la palma de la mano contra la pared a su espalda. Se recordó a sí misma el mantra que le había dado su terapeuta para cuando se sentía en peligro de verse superada por las circunstancias. *¿Qué ves en* este *momento? Los adoquines gas-*

tados del callejón, los ladrillos blancos de la pared de enfrente. ¿Qué sientes? Los ladrillos bajo los dedos, la brisa en el pelo. ¿Qué hueles? Aceite de cocina, el perfume Black Opium que me he puesto esta mañana.

La respiración empezó a ralentizársele.

Volvió a sacar la carta y se la quedó mirando. ¿Podía haberla escrito Charlie? Imposible. ¿Qué podía saber el tal Coro? ¿Debería quemarla, tirarla al río, entregársela a la policía?

Ah, la policía. Oyó el chirrido de la silla de la cocina de su madre al levantarse de golpe ante el sonido del timbre. Habían encontrado la bicicleta de Charlie cerca de la circunvalación. ¿Practicaba el excursionismo? ¿Qué tal le iba en la universidad? Martha no recordaba sus rostros, solo sus manos alrededor de las tazas de té, sentados a la mesa, el discreto y pretendidamente tranquilizador tono de sus voces a la vez que hablaban del estrés y la presión. La mayoría de la gente que se escapa de casa acaba regresando, decían; al levantarse para volver a la calle les dejaban folletos, números de teléfono de ayuda y palabras de solidaridad y comprensión que sonaban desgastadas por la experiencia de muchos años.

Martha se dio cuenta de que estaba a la puerta de su casa. Su cuerpo la había guiado por su cuenta a la luz del crepúsculo. Miró arriba. La luz estaba apagada en todas las ventanas; su padre debía de haberse acostado ya.

Antes de desaparecer, Charlie había estado viviendo allí mismo, aprovechándose del espacio, de la cocina de su madre y de la aprobación de sus padres mientras se abría paso a duras penas por sus estudios. Por entonces Martha acababa de irse a la universidad y comenzaba a experimentar la vida fuera de la órbita de Charlie.

Al introducir la llave en la cerradura recordó la sombra de Alex sobre la carta doblada, en el museo. Ahora la sombra se había convertido en la de Charlie. Sus sombras siempre estaban allí, sombras del pasado contra las paredes y el suelo.

Abrió la puerta.

Toda casa tiene su propio olor. Eso te proporciona la primera pista sobre su historia, crea una cadena de asociaciones desde el mismo momento en el que entras. Para Martha, el olor de la casa de sus padres era una parte tan integral de esta como las gastadas alfombras y las tiras de madera del suelo. Evitó la del salón que estaba suelta y crujía, como tenía por costumbre desde la adolescencia, y volvió a respirar camino de la cocina. Libros viejos, cera de lustrar, café. Su cerebro buscó automáticamente el único tono que faltaba: los ecos florales del perfume de su madre.

A pesar de los dos años transcurridos, aún podía sentirlos en el armario de la habitación de sus padres, donde seguía colgada la mayoría de su ropa. A Martha y a Charlie les encantaba sentarse en la enorme cama mientras Rebecca se preparaba para una fiesta y la contemplaban como hechizadas mientras cogía su frasquito de Coco Chanel y se aplicaba unas gotas tras las orejas con un dedo. Más tarde se colaban de nuevo en la habitación a hurtadillas para explorar el joyero y el cajón del maquillaje y Charlie usaba a Martha como modelo en la que experimentar con la sombra de ojos y el rímel. Después cogían el frasco con tapón de cristal e imitaban el toque final de su madre. Por mucho que después intentaran borrar todo rastro de su presencia y limpiarse las caras, a la mañana siguiente alguna manchita de pintalabios robado siempre delataba sus juegos. Pero su madre no lo mencionó ni una sola vez, respetándolo como parte del ritual privado que sus hijas llevaban años practicando.

Martha sabía que no eran solo los olores de aquellos tiempos los que casi se habían evaporado. Toda la casa de la familia se estaba desvaneciendo. En el espejo de marco dorado en el que tantas veces madre e hijas habían contemplado sus reflejos habían empezado a aparecer manchitas con el tiempo. Ahora volvió a mirarse y se sorprendió ante la profundidad de los surcos en su frente fruncida. Pensó en la ya anticuada palabra

aspectabund: mostrar las emociones en el rostro. Anticuada, pero adecuada.

Rebecca había mantenido la casa en perfecto estado, bella, a punto para recibir de nuevo a Charlie, hasta que su enfermedad le hizo ir perdiendo visión. Nunca dejó de creer que su hija regresaría. Cada cumpleaños, cada Navidad se convertían en una agonía de esperanzas reprimidas y silenciosas y el dolor posterior. Entonces llamaba a alguno de los teléfonos de ayuda o escribía en algún foro para familiares de desaparecidos y volvía a limpiar, a remendar, diciendo solo que estaba segura de que Charlie se encontraba bien y que necesitaba tiempo, un poco más, mucho más. A Martha le pasaron por la cabeza recuerdos inconexos mientras encendía la luz y dejaba la bandolera, una sucesión de asociaciones libres: libres y en caída libre.

Su padre no había notado la lenta degradación de la casa, o quizá fuese que no le importaba. De pequeñas, él acostumbraba a retirarse a su estudio y el ruido de las teclas de la máquina de escribir solo cesaba cuando su esposa conseguía tentarlo a salir de nuevo de su santuario. En ausencia de ella, se recluyó aún más. Desde que había regresado, Martha no recordaba una sola visita de algún amigo. Las reservas de Gabriel siempre habían marcado un fuerte contraste con el estilo de su madre, mediterráneo debido a su ascendencia y que mostraba a las claras en todo lo que hacía. Eso hacía pensar a menudo a Martha en la oscura historia de *Muerte en Venecia*, de Thomas Mann, cuyo antihéroe se encuentra siempre entre los impulsos conflictivos de sus padres, el abrazo sensual a la vida de ella y la distancia y frialdad de él. Una imagen del texto se le había quedado grabada como resumen perfecto de su propia familia: el padre viviendo con los puños cerrados, la madre siempre con las manos abiertas para recibir lo que la vida le ofreciera. Así era también Rebecca, que abrazaba con apasionada intensidad incluso el dolor de no tener a su hija ausente para darle su amor.

Martha se había jurado vivir también con las palmas abiertas. ¿Lo había conseguido? Sus años en Berlín habían sido plenos y abundantes en espontaneidad, pero incluso allí a veces se sentía como ausente; buscaba rincones de la ciudad en los que poder quedarse sentada en silencio, compartiendo un banco público con su sentimiento de culpa como si fuesen viejos amigos.

Volvió a coger la carta y la desplegó en la encimera mientras esperaba a que el agua del calentador hirviese.

La verdad acaba brillando. Un asesinato no puede permanecer largo tiempo oculto.